

EL HEBREO  
Y DEMÁS LENGUAS SEMÍTICAS

DISCURSO INAUGURAL

LEÍDO EN EL

SEMINARIO DE SAN FROILAN DE LEÓN

EL 2 DE OCTUBRE DE 1896

por el Profesor del mismo

D. MANUEL DIEZ Y DIEZ *nieve*

Licenciado en Sagrada Teología.

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE G. JUSTE

calle de Pizarro, núm. 15, bajo.

1896

T417678  
CB71662858  
R157739



*Excmo. Señor:*

SEÑORES:

El espíritu privado, que, á juicio de los pseudoreformadores del siglo xvi, había de servir como ariete para destruir de un solo golpe los seculares muros de la Jerusalén católica, sólo dió al traste con el reciente y ya carcomido edificio protestante, despojándole de todo lo sobrenatural, hasta precipitarle en el abismo del más crudo y descarnado naturalismo: última etapa á la cual llegó bien pronto la obra satánica del apóstata sajón.

Ya en el siglo xvii el sabio Obispo de Meaux, en su célebre *Historia de las variaciones*, trazó un cuadro en gran manera triste, si bien perfecto y acabado, de las metamorfosis que, hasta la fecha en que escribía, hubo de sufrir la mal llamada reforma, causando esto honda sensación en el campo protestante, y

aun en los mismos corifeos de las sectas, los cuales no podían eludir la fuerza dialéctica de Bossuet, quien les increpaba con aquel famoso dilema estampado en la portada de su obra: *Variaís; luego no tenéis la verdad.*

*(entre  
menfo)*

Los escritos de Grocio, y más los de Espinosa, sembrando el germen racionalista y panteístico entre las numerosas y abigarradas huestes de los disidentes, anularon y echaron por tierra los Libros Santos, proclamados como próxima y única regla de fe por Lutero y sus secuaces; porque nadie puede poner en duda, que el judío holandés no veía en la Sagrada Escritura un libro dictado por el Espíritu Santo, y, por consiguiente, inspirado, sino que rebajaba la Biblia hasta ponerla al nivel de cualquiera escrito profano.

A favor de tan disolventes doctrinas, el racionalismo y la impiedad se extendieron cual torrente devastador por aquellas comarcas que saludaran como buena nueva los principios é ideas corrosivos de la Reforma.

En Inglaterra, Volf, Lock, Tyndal, Bolingbroke, proclámanse en sus escritos los heraldos del racionalismo, atacando todo lo sobrenatural, sin respetar ni aun la inspiración de los Libros Santos.

Voltaire toma de los deístas anglicanos sus

sofismas contra la Sagrada Escritura durante su destierro en la Gran Bretaña, y vistiéndolos con ameno estilo sazonado por la sátira, los difunde por Francia: empresa harto fácil, por cierto, en aquellos tiempos, en que el jansenismo y la corrupción de costumbres iban arrancando en la patria de San Luis las sanas creencias de los corazones católicos.

Alemania, de donde manó el veneno de la heregía protestante, no podía verse exenta de la corriente racionalista, que había ya inundado tantas regiones. Y en efecto; publicóse en el siglo pasado la obra de Reimaro, *Fragmentos de un desconocido*, que puso en conflagración á todo el mundo germánico.

No se contentaron con esto los Tudescos, sino que prosiguieron por el camino de la destrucción, pues bien pronto brotó como planta corrompida la escuela de Tubinga, con su representante más genuino, Straux, quien no tuvo reparo en negar lo que no osaron sus predecesores, esto es, la autenticidad de los Libros Sagrados.

Litré y Renán fueron los que más se distinguieron por su empeño decidido en diseminar en Francia los delirios de la susodicha escuela: aquél con la versión que hizo al francés de la vida de Jesús de Straux, y éste con la pu-

blicación de otra vida de Jesús, original suya.

Restablecer, pues, en sus derechos la Sagrada Biblia como obra divina, poner de manifiesto su autenticidad, hacer ver su inspiración, deshaciendo y pulverizando los argumentos falsos de heterodoxos y racionalistas, con los cuales intentan cubrir de nubes la verdad: tal es la misión encomendada al apolo-gista de la Religión en este siglo, misión que debe llenar muy principalmente el Sacerdote Católico, centinela avanzado de la casa de Israel, porque á él le está especialmente con-fiado el depósito de la revelación.

Insignes Obispos y sabios Sacerdotes nos han dado el ejemplo, publicando obras polémicas y exegéticas de indiscutible mérito, por las cuales han merecido bien de la Religión y de la ciencia. Para no ser prolijo, haré men-ción solamente de las más conocidas, como son: *La Biblia y la Ciencia*, del Cardenal Gon-zález; *La Creación, la Redención y la Iglesia*, del Sr. Obispo de Oviedo, Martínez Vigil; *El Egipto y la Asiria resucitados*, del Sr. Fernán-dez de Valbuena, Penitenciario de Toledo, ilustre alumno que fué de este Seminario, tra-bajo único en su género, que condensa todos los adelantos que en las demás naciones se han hecho en esta clase de estudios.

Ahora bien; léidas con detención las citadas lucubraciones, nótase claramente que sus autores no acometieron tamaña empresa sino después de haber adquirido una vasta instrucción en las ciencias orientales, y cultivado de antemano la lengua sagrada, ó sea el hebreo, cuyo estudio, si en todo tiempo fué en gran manera útil al Sacerdote, le es necesario en esta época, ora teniendo en cuenta las armas que emplean los enemigos de la Iglesia para hacerla cruda guerra, ora si se atiende á la naturaleza de los errores modernos compendiados todos en el paganismo, que la impiedad trabaja con ahinco por hacer revivir sacándole de la huesa de los siglos.

Las observaciones expuestas me han movido á tratar en estas breves y mal pergeñadas líneas *del hebreo en sus relaciones con las demás lenguas semíticas, y diferentes jases del mismo.*

La lengua hebrea, en la que fueron escritos los libros inspirados del Antiguo Testamento, hállase en estrecha afinidad con otras muchas lenguas y dialectos, que forman con ella un grupo común ó una familia. El territorio en el cual estos idiomas se habla-

ron, ó se hablan todavía, se extiende desde el Tigris al mar Mediterráneo, y desde las montañas de la Armenia al Sur de la Arabia, comprendiendo la Siria, la Mesopotamia, la Asiria, Babilonia, la Palestina, la Arabia, la Fenicia, y, por último, el Africa Septentrional.

Designábaselas antiguamente con el nombre de lenguas orientales, denominación que ya en uso en tiempo de los Padres de la Iglesia, y empleada además constantemente por San Jerónimo, resulta hoy demasiado elástica y vaga, toda vez que conocemos muchas lenguas que se hablan en el Oriente y están muy distantes de pertenecer á esta familia.

Háselas, por lo tanto, dado el nombre de *semiticas*, porque la mayor parte de las naciones entre las cuales dichas lenguas eran usadas nos las presenta el Génesis como descendientes de Sem.

Esta denominación, sin embargo, no es del todo adecuada, ya que pueblos originarios, como los fenicios y cananeos, de la maldita raza de Cam, hablaron dialectos que pertenecían por su estructura y organismo al tronco semítico.

No será tarea difícil consignar aquí los caracteres esenciales por los que la lengua sa-



grada y demás semíticas, conviniendo entre sí, difieren de nuestros idiomas indoeuropeos, bajo el punto de vista gramatical. En aquéllas, las consonantes constituyen la parte esencial de las palabras, mientras que las vocales son susceptibles de modificaciones muy variadas, ya por razón de la flexión, ya por lo que á la derivación toca. La consonante es para el semita como la materia, el elemento químico, cuyo principio vivificante está en la vocal, que organiza aquel elemento informe. Las consonantes designan lo material del pensamiento de una manera indefinida, las vocales especifican esa significación general é indeterminada en una representación, en una idea; á las consonantes pertenece la significación, á las vocales la relación gramatical... La raíz indoeuropea aparece bajo la forma que la dan las vocales, aunque con significación indefinida; la semítica es un esqueleto informe, cuyo principio de vida está en la vocal, y al unírsele ésta, queda determinado su valor; por eso la flexión semítica se verifica en gran parte por cambios internos de la forma, es decir, de las vocales, y sus prefijos y subfijos están formados por las consonantes más suaves <sup>1</sup>. Entre sus

<sup>1</sup> Ayuso: *La Filología en sus relaciones con el sanskrit*, pág. 143.

sonidos predominan los aspirados y guturales, tan fáciles de pronunciar para nosotros, acostumbrados desde niños á emitir tales sonidos, en los que abunda nuestra lengua, como difíciles para los demás europeos. La raíz es generalmente trilítera, y esto en toda la familia semítica.

El verbo no tiene más que dos tiempos, que no corresponden exactamente á los nuestros, el pretérito y el futuro. Todos los verbos siguen una misma conjugación, que se modifica de varios modos, y con ella también la significación del verbo. Para el verbo, como para el nombre, no hay más que dos géneros, el masculino y el femenino. Tanto el nombre como el verbo rechazan todo elemento extraño, no prestándose á entrar en combinación con otras palabras. El nombre carece de flexión casual, como sucede en las lenguas neosánscritas y neolatinas, excepción hecha del árabe y asirio, que distinguen tres casos, nominativo, genitivo y acusativo; aunque estudiadas con reflexión las diferentes fases de las lenguas que nos ocupan, descúbrese huellas de una flexión, que fueron perdiendo con el decurso de los tiempos, fenómeno que ha tenido también lugar en los idiomas neolatinos. La relación de genitivo se expresa de una ma-

nera particular, á la cual dió Reuclin el nombre de *estado constructo*. El pronombre personal, cuando es régimen directo, ó bien sirve de pronombre posesivo, se abrevia en un subfijo, que se congutina al verbo ó al nombre.

La sintaxis es muy sencilla, consistiendo principalmente en coordinar una frase con otra <sup>1</sup>. Por lo que á la significación de las raíces se refiere, bajo su aspecto lexicográfico, no se diferencian menos las citadas lenguas de nuestros idiomas occidentales; aun cuando haya cierto número de palabras, sobre todo onomatopéyicas, que tienen origen común, sin contar las expresiones tomadas directamente de un pueblo por otro.

La escritura semítica presenta particularidades características.

Escribense las letras de derecha á izquierda, exceptuando el etiópico y el asirio. El alfabeto de los diferentes géneros de escritura de estos idiomas trae su origen de otro alfabeto primitivo, cuyo representante más genuino, con leves modificaciones, es el fenicio, derivándose de éste el griego arcáico, y todas nuestras escrituras europeas.

<sup>1</sup> Véase Preiswerk: *Grammaire Hebraïque*; Introduction.

Es hoy opinión comúnmente recibida, después de los trabajos de los orientalistas y egiptólogos Rougé <sup>1</sup>, Salvolini, Lenormant <sup>2</sup>, Elan-Drival <sup>3</sup>, Brugsche é Hincks <sup>4</sup>, que las primitivas letras semíticas se remontan en su origen al alfabeto hierático de los egipcios, habiéndose desenvuelto éste de los jeroglíficos, abreviados en una especie de escritura cursiva. Destruyen estas afirmaciones basadas en hechos la opinión vulgar respecto de la invención de las letras, expresada con toda elegancia, en estos versos de nuestro Lucano:

Fœnices primi, Famae si credimus, auci  
Mansuram, rudibus, vocem signare, figuris,

que atribuye á los fenicios tan portentosa invención; habiendo sido los hijos de Tiro y Sidón solamente propagadores, en todos los pueblos que les estaban unidos por el comercio, de este poderoso auxiliar de la inteligencia humana.

<sup>1</sup> *Memoire sur l'origine égyptienne de l'alphabet phenicien.*

<sup>2</sup> *Essai sur la propagation de l'alphabet phenicien.*

<sup>3</sup> *Grammaire comparée des langues bibliques.*

<sup>4</sup> An attempt to ascertain the number, names and powers of the letters...

Asimismo, toda la antigüedad <sup>1</sup> ha creído que dichos caracteres, denominados también samaritanos, por hallarse escrita con tales signos gráficos el Pentateuco, que conservó el pueblo cismático, fueron los usados por Moisés y demás agiógrafos, habiendo sido sustituidos por las letras caldaicas en tiempo de Esdras; pues en los largos años que, llorando sus prevaricaciones, los hijos de Israel vagaron por las extensas y amenas comarcas que riegan y fertilizan el Eufrates y el Tigris, se habían olvidado de la antigua escritura y aun en parte de la bella lengua que aprendieran en el regazo de sus madres.

Dividense los idiomas semíticos en tres grupos: el grupo del Norte, que comprende los dialectos arameos; el del Sur, ó sea la lengua arábica; y el intermedio, formado por los dialectos de Canaam, de los cuales solamente el hebreo y el fenicio nos son conocidos.

Hay, empero, que agregar á éstos el asirio, que por sus raíces, estructura y organismo, entra en el tronco semítico; idioma que se ha descubierto y estudiado en este siglo, con la

<sup>1</sup> Rabbi Moses Levi: *Histoire de la Religion des Juifs*.  
Walton Proleg. III De lingua hebraica... item de antiquis ejus characteribus.

lectura de las inscripciones cuneiformes, halladas entre las ruínas de aquellos colosales imperios que se levantaron un día en las dilatadas y feraces llanuras del Senaar, y que chocando unos con otros, vinieron todos al suelo con pavoroso estruendo, juntamente con las populosas ciudades, que sirvieran de corte á Assurbanipal y Nabucodonosor, Babilonia la de los ostentosos jardines, y Nínive la señora del Tigris.

Arameo, en cuanto á su etimología, viene de Aram, nombre que, en sentido geográfico, es sinónimo de lo que nosotros llamamos Siria.

De raíz monosilábica, con vocal breve en la segunda radical, como por ejemplo *K<sup>e</sup>thabh*, —escribió—es de todas las lenguas semíticas la más pobre, más ruda y menos sonora y armoniosa.

Distínguense dos ramas principales: el arameo del Norte, llamado comúnmente siriaco, y su escritura *estranguela*, que empieza á desarrollarse desde la Era cristiana, en que se formó una literatura clásica por las versiones del Nuevo Testamento, que á este dialecto fueron hechas, siendo la más célebre la que se llevó á cabo en el segundo siglo, conocida, en la historia, con el nombre de *Peshito*,—senci-

lla,—porque se limita á darnos la traducción literal.

Esta literatura tomó, como se sabe, grandes vuelos, llegando á su apogeo en tiempo de San Efren, célebre Padre de la Iglesia siríaca y teólogo del siglo iv.

Desde el siglo vii, á contar de la invasión sarracena, el siríaco cedió su puesto al árabe, hasta tal punto, que ya en el siglo xiii había casi enteramente dejado de existir como lengua viva, conservándose solamente algunos dialectos en nuestros días, pero en regiones aisladas, si bien ha sido adoptado como lengua eclesiástica en casi todas las sectas cristianas del Oriente.

El Guemara de Babilonia ofrece un siríaco degenerado. Aún no han dejado de emplear el dialecto siríaco para su liturgia los Maronitas del Líbano, ocupándose á la vez en su estudio como lengua sabia.

El arameo del Sudoeste ó caldeo es el dialecto de las comarcas situadas al Norte y Noroeste de la Palestina: este es el que hablaba la familia de Abraham en la Mesopotamia. Encuéntrase un espécimen de él en el Génesis, á saber, el nombre que Labán da al monumento erigido por Jacob; también se leen un versículo caldaico en Jeremías y algunos capítulos

en Daniel y Esdras. En este idioma fueron escritas las traducciones y paráfrasis judías denominadas *Targu nin*.

El samaritano, en el cual se conserva una versión del Pentateuco, guarda estrechas afinidades é íntimas analogías con el caldeo.

En el Guemara de Jerusalén aparece un arameo degenerado, imagen fiel de la lengua usada entonces en Galilea.

Como quiera que los caldeos gozasen del poder en Babilonia—puesto que la dinastía de Nebucadnetsar era una dinastía caldea—y en el libro de Daniel se dice que los sabios caldeos hablaban al rey en arameo, recibe ordinariamente esta rama el nombre de caldeo, si bien la lengua propia de los caldeos era completamente extraña al tronco semítico, como puede verse por los nombres propios caldeo-babilónicos.

Al Sur de la Palestina floreció y todavía florece la lengua árabe.

De raíz trisílaba, como por ejemplo *jálíma*—fué sabio—dulce, sonora y armoniosa, con las tres vocales fundamentales, rica en formas, contando el verbo hasta quince de estas últimas, contrasta, en verdad, con el idioma que acabamos de indicar, en cuanto á sus rasgos más característicos.



Solamente en inscripciones se han conservado el himyarita, dialecto el más antiguo, que se hablaba en las comarcas meridionales de la Arabia. De éste se origina el etiópico ó ghez, conocido por una traducción de la Sagrada Biblia, que data del siglo. iv ó v de nuestra era, y algunos escritos cristianos. Sustitúyese por el siglo xiv en la Abisinia, el anhárico, relacionado también con las lenguas semíticas.

El árabe clásico dió comienzos en el siglo séptimo de Jesucristo con el mahometismo y la redacción del Corán—Lectura. Mantuvóse en todo su esplendor en nuestra patria hasta el siglo xiv. Desde esta fecha en Arabia, Siria y Egipto ocupa el lugar del antiguo árabe el moderno, extendiéndose éste por vastos territorios, pues sobre reinar en su país natal, hállase difundido por el Norte de Africa, Turquía, Persia y, en general, por doquiera que el islamismo ha echado raíces.

El asirio, que se divide en dos dialectos, asirio y babilónico, cuya escritura es cuneiforme y silábica, se encuentra, como hemos ya indicado, en las inscripciones descubiertas entre las ruinas de las grandes metrópolis, de los vastos imperios ninivita, babilónico y aun pérsico <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Preiswerk: *Grammaire Hebraïque*.

Es de raíz trilitera, monosilábica, con vocal en la primera radical. Los nombres derivados de raíces fuertes toman vocal idéntica á la raíz <sup>1</sup>. En la flexión del nombre, en los numerales, así como también en la conjugación del verbo, no aparece menos el carácter semítico de la lengua.

Acerca de su semejanza con el hebreo veamos lo que nos dice en su gramática asiria el eximio orientalista Sayce: «La lengua asiria se hablaba en los países bañados por el Tigris y el Eufrates. La limitaban al Norte los pueblos arayos de la Armenia y de la Media, y al Este los turanios de Elam. Exceptuando una ó dos palabras dudosas conservadas por los clásicos, todo lo que conocemos de este idioma se encuentra en las inscripciones cuneiformes. Estas, aunque fragmentarias, son numerosas, y se hallan en Asiria, Babilonia y Persia. El carácter semítico de la lengua es indudable. La riqueza, la antigüedad y el carácter silábico de su vocabulario y de su gramática, reclaman para ella, en la familia semítica, el lugar que ocupa el sanscrito en las lenguas arayas. El asirio tiene derecho á este lugar, porque nos ha proporcionado algunos de los más antiguos

<sup>1</sup> Ayuso: *La Filología en sus relaciones con el sanscrit.*

trozos de la familia semítica. La sencillez de su sistema de vocales demuestra su antigüedad, lo mismo que las terminaciones, que indican el caso, y que son idénticas á las terminaciones del aoristo.

«Las lenguas semíticas han marcado su deterioro por la modificación de las tres vocales primitivas, que solamente se encuentran en el asirio y en el árabe literal. Las numerosas conjugaciones del asirio, como la forma del pronombre personal de la tercera persona, y la primera persona singular del tiempo permanente, son arcáicas.

»El asirio tomó de los turanios, primitivos habitantes de la Caldea, su silabario, y aunque esto haya producido graves inconvenientes, resultó, al menos, la gran ventaja de conservar la pronunciación de las vocales asirias. Cada carácter es silábico, como en el etiópico. Los dialectos semíticos, que tienen más afinidad con el asirio, son el hebreo y el fenicio. El asirio, como estos últimos, ha conservado las sibilantes, que no se cambian como en el arameo.»

Pone el orientalista unos cuantos ejemplos y continúa: «El asirio se parece al hebreo y al fenicio por la ausencia del estado enfático, por los plurales constructos, por las formas de

los pronombres personales, por la posesión de una forma nital, y por el carácter general de su vocabulario. Después del hebreo, con quien más afinidad conserva el asirio es con el árabe. Como éste ha conservado aquél las desinencias casuales de los nombres, aunque estas desinencias, en las inscripciones menos antiguas, hayan comenzado á perder su valor estricto. También se le parece, por las diversas modificaciones de las formas del imperfecto, por el uso del participio, por las conjugaciones, por la posesión de dual para el verbo, por la mimación que reemplaza la nunación árabe, por la simplicidad del sistema de vocales y por la formación del precativo.»

Entre la rama semítica del Norte, el arameo, y la del Sur, el árabe, hállanse el fenicio y el hebreo, lenguas de Canaan. Los demás dialectos hablados en aquellas regiones feraces y amenas, destinadas para el Pueblo escogido, no han llegado hasta nosotros.

Mas es de presumir que no encerraban diferencias esenciales; al menos en toda la historia de los Israelitas no se vislumbra indicio alguno que haga creer que éstos y los cananeos encontrasen dificultad alguna para comprenderse.

Confírmase esta presunción por las esca-

sas huellas que nos quedan en los nombres propios indígenas, como Abimelec, Adomsedec, y en la inscripción moabita de la estela del Rey Mesha.

El dialecto de los fenicios que en su numismática se designan con el nombre de Canaan, permanece en gran número de inscripciones <sup>1</sup>; entre las cuales se distinguen, por su extensión, la inscripción funeraria del sarcófago de Eshnounazar, rey de Sidon, desenterrada en 1855 y conservada en el Museo del Louvre, y la grande inscripción—Tarifa de los sacrificios—hallada en Marsella en 1845 <sup>2</sup>.

Este dialecto estaba extendido por la Fenicia y sus colonias, como Cartago, modificándose en ésta con el transcurso del tiempo en lengua neo-púnica, según aparece de varias inscripciones y se ve también en algunas escenas de la comedia de Plauto titulada *Pœnulus*.

El hebreo, lengua del antiguo Testamento, es el más importante de los dialectos cananeos. Ligeras y casi imperceptibles diferencias existen entre éstos; tanto que en un

<sup>1</sup> Berger, artículos: *Inscriptions y Phenicie*.

<sup>2</sup> Schrœder: *Die plöniatische Sprache*.

pasaje de Esdras se llama á aquél idioma de Canaan. Su raíz tríltera y disilábica, por ejemplo *gatal—occidit*; la única conjugación que posee, modificada por las formas intensivas ó iterativas, aumentativas é intensoaumentativas, agregándose á esto el predominio de las guturales, el sistema de vocalización, que cambia con frecuencia en una misma palabra cuantas veces un accidente gramatical cualquiera hace que suba ó descienda el acento tónico; la resistencia que oponen las palabras á entrar en composición unas con otras; la relación de genitivo expresada de un modo especial, al cual se ha dado en llamar estado constructo; los subfijos unidos al nombre y al verbo; los prefijos antepuestos á las demás partes de la oración; las preformativas y aformativas, que reciben el nombre y el verbo por razón de su flexión ó derivación; notas son éstas esenciales en las que el hebreo conviene con los demás idiomas semíticos.

Expuestos, siquiera someramente, los caracteres principales y más culminantes de la lengua sagrada, réstanos indicar aquí, como de paso, los hebraístas que más se han distinguido en el presente siglo por sus trabajos léxico-gramaticales, á los cuales precisa recurrir el que quiera ahondar en el estudio de

la lengua de los Profetas. Tales son entre otros: Gesenio, Ewald, Olhausen, Preiswerk, Strack, en el extranjero; descollando, por lo que hace á los españoles, el P. Pedro Gómez, de las Escuelas Pías.

La lengua hebrea, tal cual la conocemos, está contenida casi exclusivamente en el Antiguo Testamento.

Guárdanse, no obstante, habiendo resistido la acción destructora del tiempo, algunas piedras con inscripciones hebráicas, de época anterior al destierro; consérvanse asimismo siclos y otras monedas acuñados antes de la cautividad, y aun antes de la defección de las diez tribus, que tienen, por una parte, la urna áurea con el maná, y sobre ésta, escrito con caracteres fenicios ó samaritanos: *Quechel Israel*—Siclo de Israel;—por el anverso osténtase la vara de Aaron, y se leen además estas palabras: *Yerisaláin quedocháh*—Jerusalén la Santa <sup>1</sup>. En otras monedas aparecen otras inscripciones. De esto, emperó, trata largamente Arias Montano en su libro *Tubalcain*.

En estos últimos tiempos se han descu-

<sup>1</sup> Walton, proleg. III.

Vogüé: *Melanges d'archéologie orientale*.

bierto dos inscripciones de la mayor importancia. La primera hallada en Agosto de 1868 en el antiguo territorio de Ruben-Dhiban, á unos veinte kilómetros al Este del Mar-Muerto; es conocida con el nombre de Inscripción de la estela de Dhiban, aun cuando ya se haya citado con otra denominación <sup>1</sup>.

Está grabada sobre una piedra monumental, cuyos fragmentos pueden verse en el Museo del Louvre.

Su texto, que no es completo, contiene una relación de Meshá, rey de Moab, acerca de las victorias obtenidas contra los israelitas, y data de principios del siglo nono antes de la era cristiana.

La segunda, descubierta en Junio de 1880, está cortada en la roca del túnel que lleva el agua de la fuente de la Virgen al recipiente de Siloe, al Sudeste de Jerusalén; y aunque también fragmentaria, se ha conseguido descifrar la historia de la apertura de dicho túnel.

El lenguaje de estas inscripciones, escritas con caracteres fenicios, no difiere en pun-

<sup>1</sup> Esta inscripción moabita no difiere esencialmente del lenguaje del Antiguo Testamento.



to alguno esencial del en que está escrito el Antiguo Testamento <sup>1</sup>.

Es evidente que el tesoro de una lengua no puede hallarse encerrado en corto número de libros y algunas inscripciones, y por consiguiente que se han perdido para nosotros gran número de palabras, sobre todo términos técnicos y otros que sirven para designar las cosas ordinarias de la vida. Es de suponer, sin embargo, que en cuanto á las raíces verbales se hayan conservado casi todas.

El hebreo es lengua pobre, atendido el número de palabras. Calcúlase que la cifra de sus raíces verbales no pasa de quinientas. El célebre hebraizante holandés Lensden, sólo hace subir á la suma de cinco mil seiscientas cuarenta y dos todas las palabras hebreas y caldeas que se presentan en la Santa Biblia. Mas á pesar de ser pobre, despliega este idioma gran riqueza de expresiones, ya por el ingenioso desarrollo de su organismo gramatical, ya porque posee multitud de sinónimos para enunciar ideas abstractas, morales y religiosas, así como para expresar lo que con-

<sup>1</sup> Acerca de estas inscripciones, véanse Clemont-Ganneau y Kautzsch.

cierno al rito de los sacrificios y del culto en general.

Si consideramos la lengua hebrea tal cual se nos presenta en los Libros Santos, bajo el punto de vista de su unidad interior, se advierte un fenómeno que choca sobremanera.

Bien que el espacio de unos mil años próximamente separe la composición de los escritos inspirados más antiguos, que se remontan á la época de Moisés, de los libros que vieron la luz pública en los días tristes y llorosos del destierro, y aun cuando los agiógrafos hayan sido compuestos por autores diferentes en diversos lugares del país y sobre asuntos los más variados, nótase que, en general, y abstracción hecha de la variedad en el estilo personal de cada autor, la lengua es una y la misma para todos los escritores del Antiguo Testamento; tanto con respecto á lo material de las raíces y de las palabras, como por lo que á las formas y á la construcción se refiere.

Esta unidad, sin embargo, no va tan lejos que dejen de descubrirse en la lengua trazos de una transformación sucesiva, á la vez que algunos indicios aislados de diferencias de dialectos.

No puede, á la verdad, negarse que el tex-

to actual es el resultado de una evolución que data de período anterior, en el cual el hebreo debió tener una estructura sensiblemente más arcaica y más conforme en particular con el antiguo árabe.

Encontramos en el Génesis ciertas palabras que parece eran ya inusitadas cuando tuvo lugar la redacción del libro inspirado, en el cual, con estilo sencillo á la par que sublime, se narran los anales del cielo, de la tierra y de los hombres, pues ya se ven inmediatamente seguidas de otras sinónimas, epexegeticas ó explicativas.

Cáusannos á la vez una especie de sorpresa ciertas formas arcaicas que son peculiares al Pentateuco, como la palabra *naar*, para designar el masculino y femenino de joven. Son extensivas también las mismas observaciones á ciertas formas gramaticales que han cambiado su estado primitivo, apareciendo éste, en parte al menos, bajo ciertas condiciones; así, por ejemplo, la antigua terminación femenina en *tau* y las formas segoladas. La ciencia gramatical está llamada, por consiguiente, á darnos cuenta de este estado primitivo de la lengua en sus rasgos principales y característicos.

Tres medios tiene á su disposición para

llenar estos fines: 1.º, los arcaísmos y nombres propios de antigua fecha, así como también algunas formas antiguas conservadas en el lenguaje poético; 2.º, las conclusiones que se desprenden de otras formas del texto actual que llevan grabado en sí mismas el sello de una transformación, según las leyes que presiden en general al desarrollo del lenguaje; 3.º, la comparación con otras lenguas semíticas, con el árabe en especial, que bajo muchos respectos ha guardado más fielmente las formas primitivas. Ni aun la gramática elemental puede menos de recurrir á esta restitución de formas antiguas para llegar á comprender bien las leyes de las formaciones, que tiene el deber de exponer con claridad y sencillez.

En cuanto al estado del hebreo como nos le muestra el texto actual, distingüense naturalmente, dos períodos bien deslindados.

El primero es el período clásico, que empezando por el Génesis, llega hasta la cautividad de Babilonia; el segundo que, partiendo del destierro, subsiste mientras el hebreo no deja de ser lengua viva, lleva el carácter de la decadencia.

Estudiando con detención el período clásico, aparece que ni éste presenta en realidad

una uniformidad completa, pues se marcan diferencias de lenguaje, que provienen de dos causas principales.

Por una parte es imposible que la individualidad del autor sagrado, lo mismo que las circunstancias del tiempo y lugar en que escribía, no se hagan sentir en su manera de expresarse.

Así que el pastor Amós, de Tekoa, por ejemplo, que predicaba en el reino de Israel, escribe en estilo diferente del de Isaías, que algún tiempo después ocupaba una posición distinguida en la capital de Judá. A más de que la dicción poética ha de distinguirse necesariamente del modo de decir en prosa, no sólo por el ritmo, sino también por la selección de términos y formas peculiares del estilo elevado. De ahí que con frecuencia se lean palabras en el arameo, que en hebreo se encuentran únicamente en los libros poéticos.

Si de diferencia de dialectos se trata, á uno sólo se hace positivamente alusión en las Sagradas Letras, y es la manera como los efraimitas pronunciaban el Chin.

Mas es de suponer, que los habitantes de las comarcas superiores de la Palestina, que estaban en comunicación con los que habla-

ban el arameo y el fenicio, se distinguieran por muchos conceptos, en su manera de expresarse, de los del interior de la Judea.

Caracterízase el período decadente por la influencia del arameo.

La época del imperio caldeo-babilónico no podía menos de percibirse, haciéndose sentir en la lengua hebrea, tanto por su influencia intelectual y política en general, cuanto por la catástrofe de Jerusalén y consiguiente servidumbre del pueblo elegido bajo el pesado yugo del coloso. No hay que olvidar que en los tiempos en que recabó su libertad la nación judía, volviendo de nuevo á sus caros lares, por los que estuvo siempre suspirando, el arameo era la lengua dominante desde el Tigris y el Eufrates hasta el Mediterráneo, é invadiendo luego paso á paso el territorio de la lengua hebrea, llegó por fin á suplantarla como idioma vivo.

Es punto menos que imposible seguir en detalle las diferentes fases de este cambio.

No están todos los sabios de acuerdo acerca de la cuestión de si los judíos, vueltos á su país natal, hablaban todavía el hebreo ó no. El pasaje de Nehemias, muchas veces citado en esta controversia, está muy lejos de suministrarnos una prueba segura, toda vez que

la palabra decisiva Meforach, es de interpretación dudosa; no sabiéndose, por lo tanto, á ciencia cierta si la lectura de la ley fué explicada, ó traducida además, á la nueva colonia judía.

Así que no puede afirmarse, que los Libros Santos de este *período* hayan sido solamente productos literarios ininteligibles para el pueblo.

Es más verosímil que el hebreo fuera el idioma de las personas instruídas, de los discursos públicos y del culto, y que si no muy usado, fuera á lo menos comprendido durante largo tiempo en el seno de la población de Jerusalén y sus alrededores; mientras que el arameo, que había penetrado ya en la vida ordinaria y familiar, iba prevaleciendo.

La literatura de esta época debió necesariamente resentirse de la influencia babilónica, no obstante haber trabajado con sumo celo los profetas Ageo, Zacarías y Malaquías por conservar incólume el lenguaje de sus predecesores. Y si es verdad que no pudieron detener la corriente, sus escritos nos hacen al menos saborear un hebreo puro y una dicción noble, dignos de sus modelos clásicos.

Fáltanos tratar, siquiera á grandes ras-

gos, de la antigüedad literaria de las lenguas semíticas.

Está fuera de toda duda, que bajo este punto de vista, el hebreo ocupa el primer lugar.

Los Libros Santos más antiguos se remontan á una edad en la que no aparece el menor rastro de otras producciones semíticas. Los escritos arameos son de época reciente, y llevan el sello del destierro babilónico; apareciendo la literatura árabe algunos siglos después de Jesucristo.

Ahora, si se trata del desenvolvimiento de la lengua en el período de sus primeros trabajos literarios, el árabe, á no dudarlo, es el que nos ofrece las formas primitivas. Sus escritos revelan un carácter arcáico y exhalan un frescor original, conservados más ó menos intactos en la vida solitaria de las tribus del desierto. Sus formas no están apocopadas, sus vocales y diptongos son puros y claros.

El hebreo, por el contrario, tal cual se lee en los autores sagrados, ha pasado ya por más de una fase de desarrollo, ó mejor dicho, de descomposición; lo cual se muestra por la contracción de los diptongos, la suavidad de ciertas formas rudas y la pérdida de las terminaciones. Y los dialectos arameos, aun en



sus más antiguos monumentos, aparecen en estado muy avanzado de decrepitud y empobrecimiento.

Todos estos datos no son, empero, base suficiente para precisar más <sup>1</sup>.

Un orientalista coetáneo cree poder afirmar, sobre el asunto, estos hechos concretos:

1.º La lengua hebrea tiene formas sensiblemente más descompuestas que el árabe, siendo la literatura de éste mucho más moderna.

2.º No puede demostrarse, á pesar de eso, la prioridad del árabe en absoluto.

3.º La rudeza del arameo no es signo de sencillez originaria; antes bien, indica la dureza del estado decrepito; de suerte que es un error considerarlo como tipo primitivo de las lenguas semíticas <sup>2</sup>.

Examinada y conocida la relación que existe entre las lenguas semíticas, su historia, sus caracteres esenciales, la afinidad íntima que guardan las demás con la lengua sagrada, y las fases que ésta ha presentado á través de los siglos, séame permitido, por fin, hacer una sucinta reseña histórica de los estudios hebraicos en nuestra patria.

<sup>1</sup> Preiswerk: *Introduction a la Grammaire hébraïque.*

<sup>2</sup> Kautzsch: *Grammaire de Gesenius*, párrafo 1.º

En otros tiempos los comentadores bíblicos españoles llenaban el mundo con la fama de sus nombres, y sus grandes producciones son todavía la gala de las bibliotecas.

Sin hacer mención de los judíos españoles Maymonides, Aben-Ezra y otros, no se puede menos de citar á Abul-Walid-Mersram, que, á principios del siglo xi, escribió en Zaragoza, á donde se había retirado desde Córdoba, una excelente gramática hebrea, titulada *Los jardines floridos*.

En el siglo xv, nos encontraremos con Raimundo Martí, que en su obra titulada *Pugio Fidei*, da claro testimonio de vasta erudición rabinica. Descuella también en este siglo, por sus muchos conocimientos en la lengua de sus antepasados, el converso Pablo de Santa María, llamado el Burgense; cerrando la centuria el Tostado, versadísimo en la lengua de los Profetas, como lo demuestran sus numerosos comentarios sobre la Sagrada Escritura.

Empréndense en el siguiente siglo trabajos gigantescos en cuestión de lengua hebrea y estudios orientales. Las políglotas Complutense y de Amberes dieron extraordinario impulso á los estudios bíblicos en toda Europa, basándose sobre aquéllas las Políglotas de Francia é Inglaterra.

Las obras monumentales de Cisneros y Felipe II tuvieron por cooperadores hombres eminentes en letras y lenguas semíticas: pasado han á la posteridad los nombres de Antonio Nebrija, Fernando el Pinciano, López de Zúñiga, Juan Vergara, Pablo Coronel, Alfonso de Zamora, primer autor cristiano de una gramática hebráica, y Arias Montano, á quien sus coetáneos llamaban el San Jerónimo español.

La lectura de sus poesías, matizadas de lentes orientales, bastaría para dar á conocer á fray Luis de Leon como hebraísta, á no tener la versión que hizo del libro de Job y del Cantar de los Cantares y sus exposiciones, que revelan grandes conocimientos en la lengua original del texto: prueba concluyente de los profundos estudios que en aquellos tiempos se hacían del idioma hebreo en nuestra patria.

Por sus conocimientos hebráico-helénicos mereció Francisco de Toledo que el Papa le encargara la corrección de la *Vulgata*, hecha según el texto original.

Se distinguió más tarde por sus estudios en la misma materia el franciscano burgalés Fray Martín del Castillo, que compuso una gramática hebrea, la primera que fué escrita

en castellano, pues hasta entonces todos los demás autores habían escrito en latín.

Pasando en silencio los escriturarios y expositores, que, versados en el idioma sagrado, hicieron uso de él en sus obras en los siglos xvii y xviii, citaremos al fin de este último y principio del actual al célebre filólogo y orientalista Lorenzo Hervás y Panduro, y á D. Francisco Pérez Bayer, que demostró gran caudál de conocimientos hebráicos en un libro titulado: *De nummis hebræo-samaritanis*, además de haber publicado una gramática <sup>1</sup>.

Por la dirección que estos dos hombres célebres lograron imprimir á dichos estudios, parecía que habían de seguir prosperando en nuestra España; pero no fué así desgraciadamente. Inicióse pronto una deplorable decadencia, empezándose á mirar aquellos como secundarios, aun para los que se dedicaban á las ciencias eclesiásticas, y concluyendo por dejarlos poco menos que en completo olvido.

Solo así se explica que haya estado pasando entre nosotros por gran hebraísta el difunto catedrático de la Universidad Central señor García Blanco, que fiado sin duda en la general ignorancia, anunciaba con grande

<sup>1</sup> Ayuso: *La Filología en sus relaciones con el sanscrit.*

aparato versiones directas del hebreo, y escribía la gramática de esta lengua, desconociéndola casi completamente.

Ya en el año de 1855 anunció una versión del Pentateuco, y á favor de la libertad reinante, trataba de publicarla sin licencia de la autoridad eclesiástica. Pero derrocada al año siguiente aquella situación progresista, se vió forzado á someter su libro á la censura; y ejercida ésta por uno de los pocos que conservaban el fuego sagrado de la buena escuela hebráica española, por el Sr. Salazar, profesor de hebreo á la sazón en el seminario de Toledo y más tarde Arzobispo de Burgos, le fué tan desfavorable, que el libro fué condenado á no ver la luz pública.

Después, en la época revolucionaria (1869), publicó el Sr. García Blanco sin censura ni licencia una versión directa del hebreo, del libro de los Salmos, titulada *Nuevo Salterio*, título, en verdad, no mal escogido, porque los errores protestantes, racionalistas y cabalistas de que salió plagado el libro, amén de los numerosos dislates gramaticales, hacen que no sea propiamente el Salterio de David, sino un *salterio nuevo*.

Ha refutado victoriosamente esta versión el ya mencionado P. Pedro Gómez, de las Es-

ueelas Pías, en una excelente obra que lleva por título *Observaciones críticas sobre el Nuevo Salterio de García Blanco*.

Ultimamente escribió también el profesor de la Central, con el título de *Diqduq*, una gramática hebrea, sobre la que está publicando el mismo P. Gómez un estudio crítico titulado *La escuela hebráica española y el Diqduq de García Blanco*, en donde, contra la apreciación del Sr. Menéndez Pelayo, que llamó en un discurso académico al Sr. García Blanco representante de la antigua escuela hebráica española, se demuestra que el señor García Blanco no conoció siquiera aquella escuela.

Aparte de estos excelentes trabajos del P. Pedro Gómez, el *Manuale Isagogicum* del Sr. Caminero, pone á la vista los no vulgares conocimientos que el Obispo preconizado de León y antiguo profesor del Seminario del Escorial, había adquirido en los idiomas hebreo y árabe.

De esperar es que la semilla que en el presente siglo han arrojado tan eminentes hebraístas como los ya citados, llegue á producir ópimos frutos, de tal suerte, que nuestra España reconquiste en este género de estu-

dios los laureles que en mejores días ornaran sus sienes.

Esto complacería sobremanera á la santidad de León XIII, que en la Enciclica del 4 de Noviembre del año 1893, tanto recomienda el estudio de la Sagrada Escritura.

Allí encarga repetidamente el Padre común de los fieles, «que se reanimen y recomienden los estudios de la Sagrada Escritura, dirigiéndolos de una manera más conforme á las necesidades de los tiempos presentes.

»Deseamos ardientemente — prosigue el Sumo Pontífice—que un mayor número de fieles católicos emprendan como conviene la defensa de las Sagradas Letras, y á ella se dediquen con constancia; deseamos, sobre todo, que aquellos que han sido llamados por la gracia de Dios á las órdenes sagradas, pongan de día en día mayor cuidado, y más grande celo en leer, meditar y explicar las Escrituras, pues nada hay más conforme á su estado...

»Ahora nuestros principales adversarios son los racionalistas, que hijos y herederos de aquellos hombres de quienes más arriba hablamos, y fundándose igualmente en su propia opinión, rechazan abiertamente aquellos

restos de fe cristiana aceptados por sus predecesores. Ellos niegan, en efecto, toda inspiración; niegan la Sagrada Escritura, proclaman que todos esos sagrados objetos no son sino invenciones y artificios de los hombres, y miran los Libros Santos, no como el relato fiel de acontecimientos reales, sino como fábulas ineptas y falsas historias... y proclaman, en fin, que los Evangelios y los escritos de los Apóstoles no han sido escritos verdaderamente por los autores á quienes se atribuyen.»

Después, quejándose de los estragos causados por la historia—que viene siendo, según el Conde de Maistre, una conspiración contra la verdad, sobre todo desde el origen del protestantismo—añade el Maestro infalible: «Debe afligir sobremanera que muchos hombres que estudian á fondo los monumentos de la antigüedad, las costumbres é instituciones de los pueblos, y se entregan con este motivo á grandes trabajos, tienen frecuentemente por objeto encontrar errores en los Libros Santos, á fin de dañar y quebrantar completamente la autoridad de las Escrituras.»

¿Qué es lo que de estas enseñanzas se ha de deducir?



Fácil, por cierto, es la respuesta. En ellas se encarece la necesidad de dirigir los estudios escriturarios de un modo más conveniente á las exigencias de los tiempos presentes; dícese, además, que tenemos por adversarios, en estos tiempos, á los racionalistas, que apoyados en documentos de la antigüedad, tratan de falsear la historia, haciéndola servir á sus perversos fines.

Ahora bien; sin un conocimiento profundo de la lengua primitiva del texto sagrado, no pueden combatirse con brillante éxito y satisfactorios resultados los nuevos enemigos de la fe; como quiera que rechazan la autoridad de la Iglesia, no queriendo reconocer por esta razón la inspiración de la *Vulgata*.

A este estudio debe de acompañar también, según los deseos de León XIII, el estudio de la historia de los pueblos de la más remota antigüedad. En este sentido son inapreciables los datos, escribe un sabio orientalista español, que nos suministran los nuevos descubrimientos hechos en Egipto, Palestina y Asiria. Porque después de sepultados tantos siglos entre las ruinas y escombros de las antiguas ciudades, reaparecen á nuestra vista los antiguos Faraones, los poderosos Monarcas de Babilonia y Ninive; mas

no ya en la actitud con que los habíamos conocido, no como opresores y perseguidores del pueblo de Dios, sino al contrario, como amigos, como aliados inseparables de los hebreos, sus antiguos esclavos.

HE DICHO.







